

HISTORIA ORAL DEL COMPONENTE AEREO MALVINAS

ACLARACION DE www.radarmalvinas.com.ar

El siguiente es el relato del entonces Cabo Principal Roberto ULLUA, mecánico de comunicaciones del VYCA y el Suboficial Mayor (R) Carlos RAMIREZ, radioaficionado LU8-DWD, quienes mantuvieron el enlace del VYCA con sus familias y con la FAS incluso después de rendidos.

LA AMISTAD QUE NACIO POR RADIO Y EN MEDIO DE LA GUERRA

Copyright © Roberto Ullua, Carlos Ramirez y María Belén Etchenique



Publicado originalmente en *Clarín Zonal* por María Belén Etchenique el 02/04/12
http://sanmartin.clarin.com/historias-y-personajes/Guerra-Malvinas-conexion-anos-amistad_0_674332564.html

El mismo está disponible en la Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina

LA AMISTAD QUE NACIÓ POR RADIO Y EN MEDIO DE LA GUERRA

Clarín zonal san martin

Roberto Ullua y Carlos Ramírez

02/04/2012 Uno desde su casa en San Martín y el otro desde las Islas Malvinas, establecían las comunicaciones radiales para que los jóvenes combatientes se contactaran con sus familias en el continente. No se conocían, pero hacia el final del conflicto, ya eran amigos entrañables.

Por MARÍA BELÉN ETCHENIQUE

Esta es LU5-DRH móvil (código de la radio) desde Puerto Rivero. Bastó decir esa frase para que emergiera un enjambre de gente que quería comunicarse. Parecía que gritaban a través del speaker. En un momento apareció Carlos, siempre me va a quedar grabada su voz: Está es la LU8-Delta Whisky Delta. Colega, yo le organizo el tráfico.

El enlace radial que hoy recuerda Roberto Marcelo Ullua (58) no se trató de un simple diálogo ni del encuentro de un militar con un radioaficionado, sino del comienzo de una amistad de 30 años y del ensayo de lo que sería una de las vías principales por las cuales los hombres apostados en las Islas Malvinas se comunicarían, durante el tiempo que duró el conflicto, con sus familias en el continente. A ellas las recibía en su casa de San Martín Carlos Antonio Ramírez (79) quien, con su equipo hogareño, captaba la señal que llegaba del territorio insular.

Todo empezó el 2 de abril de 1982, cuando Roberto desembarcó en las Islas Malvinas. Por aquellos días, este vecino de Villa Ballester era Cabo Principal encargado de las comunicaciones, tenía 28 años y creyó que arribaba hasta ese confín de modo circunstancial: tenía muchos motivos por los cuales volver, entre ellos, su casamiento, con fecha en mayo de ese año. Pero debió quedarse y seguir firme en el escuadrón de Vigilancia y Control Aéreo, donde era responsable de verificar los movimientos que se produjeran en el aire a lo largo de las Islas.

Fue el 6 de abril cuando Roberto decidió probar uno de los equipos de radio. Esa sería una fecha crucial donde “saldría al aire” por primera vez y donde encontraría a un compañero: Carlos, el mismo que hoy, 30 años después, es el padrino de su hijo mayor y está sentado a su lado.

Tras aquel primer enlace, durante la guerra, Roberto y Carlos se comunicarían todos los días, en tres horarios distintos: por la mañana, a mediodía y durante la tarde. Roberto desde Malvinas y Carlos desde San Martín. Así establecieron un vínculo inquebrantable unido por sus voces.

En una de las conexiones le comenté que tenía novia. Carlos estableció el contacto por teléfono y pude hablar con ella. Al ver la ayuda que significaba para nosotros conversar con un ser querido, le conté a mi jefe, el Mayor Miguel Angel Silva, que existía la posibilidad de contactarnos con nuestras familias a través de un radioaficionado en San Martín. En una ocasión, Carlos me dijo: *Tengo a la primerísima del jefe. ¿Qué hago?*. Eso significaba que la mujer del Mayor Silva estaba en su casa. Le contesté que me diese un rato así le avisaba. A modo de chiste, nosotros teníamos una jerga donde a la mujer de un militar se le asignaba un cargo superior al de su esposo. Entonces le comenté a Silva que estaba el Vicecomodoro en la casa de Carlos. Nuestro jefe, que era un hombre muy abierto y capaz, me respondió: *Si hablo yo, hablan todos y yo tengo ganas de hablar*. Así empezaron las comunicaciones, y con el visto bueno del Mayor, se organizó lo que llamaron “El domingo de los chicos”, donde los papás de los soldados iban a su casa para charlar con ellos.

Armé turnos. Tal día a tal hora, hablaba una familia. Con algunas personas, dependiendo de la distancia, establecíamos el contacto a través del equipo de radio o desde a mi casa. En una oportunidad, los padres de uno de los soldados no me creyeron. Les expresé que podían hablar con él como si estuviese aquí. *¿Cuánto me cobra?*, me preguntaron. *Nada*, les respondí. A pesar de su desconfianza vinieron a mi casa, pudieron hablar con su hijo y se dieron cuenta de que no había ninguna trampa, relató Carlos mientras sus ojos emprendían un viaje en el tiempo. Los domingos en mi casa transcurrían rodeado de familias. Algunas venían tres horas antes de la comunicación, traían facturas, tomábamos mate y se armaba la tertulia, rememoró.

El beneficio era doble: los soldados, suboficiales, cabos y tenientes recibían una inyección de ánimo y, a su vez, sus familiares se quedaban tranquilos al conocer su situación y poder contenerlos. Eso sí: no podían mencionar la palabra “Malvinas” para no ser intervenidos por fuerzas inglesas.

Carlos me escribió una carta. Ahí me contaba que él era Suboficial Mayor Retirado y resaltaba la importancia de conocer nuestros nombres completos. Después me explicaría que, para poder comunicarnos sin ser detectados y sin interferencias, había ideado un código basado en nuestros segundos nombres: Marcelo y Antonio. El procedimiento era el siguiente: uníamos los nombres al derecho y al revés, ANTONIOMARCELO - MARCELOANTONIO, y numerábamos las letras de nuestros nombres

del 0 al 9. Si alguna se repetía, la salteábamos y seguíamos con la numeración. Con esto formábamos palabras y lográbamos cambiar de canal durante la transmisión sin que supieran nuestra nueva frecuencia, detalló Roberto.

Fueron muchas las conexiones que tuvieron Carlos y Roberto. Pero una en especial quedó intacta en la memoria de Carlos: la charla después de la rendición. Roberto no podía hablar. Estaba muy nervioso y triste. Se equivocaba y olvidaba usar el segundo nombre para comunicarnos. Estaba mal por el avance de los kelpers y enojado con nuestros Jefes Militares por las decisiones tomadas, medidas que tuvieron consecuencias, tristes, muy tristes, repitió el vecino de San Martín. Por su actuación como radioaficionado, Carlos fue uno de los primeros argentinos que se enteró, el 14 de junio, que la guerra había llegado a su fin, y quien informó a la Fuerza Aérea en el continente sobre la cantidad de prisioneros argentinos que había en Malvinas.

Los años pasaron y ellos siguen unidos, juntos por la Patria en su momento y luego unidos por una amistad entrañable. Cuando Roberto volvió de las Islas, sus voces cobraron cuerpo. Sería en el continente cuando él le entregaría a Carlos un mensaje en mano: *Desde el 6 de abril de 1982 cuando Dios te puso en mi camino por las circunstancias vividas, sentí que tendría para siempre un amigo. De esos que son imposibles de suplantar e incluso esa persona mayor que nunca tuve para confiarle mis secretos.*